

arrastrados como á remolque por la necesidad, sino con viva fe, como merece el fidelísimo Señor á quien servimos (1). Ahora bien: hemos dicho que la fe es el primer móvil de nuestras acciones, que es la raíz de todas las virtudes y la que las empuja á obrar; y así como el vapor cuanto más se le comprime y aprisiona tiene mayor fuerza expansiva y aumenta prodigiosamente la velocidad de la máquina; así también cuanto más abastecido de viva fe se halle nuestro corazón, mayor impulso dará á la caridad, y ésta, como *centella que discurre por un cañaveral* (2), nos ayudará á progresar en el camino de la perfección, atraídos por la abundancia y suavidad de los dones de Dios (3).

En nuestros días abundan, loor á Dios, las obras de piedad, de caridad, de beneficencia y de religión, es decir, los cristianos de hoy día practican muchas obras buenas; pero ¿obran con espíritu de fe?, ¿es la fe viva la que los impulsa á obrar?... Lo cierto es que no vemos en muchos de ellos grandes progresos en la virtud; no vemos ninguno de los prodigios que suele obrar la fe viva en las almas que la poseen. Y esa falta de fe no creáis que es lamentable y exclusiva desgracia de nuestros tiempos; porque en el Antiguo Testamento ya vemos á Moisés, el caudillo del pueblo de Israel, vacilando en la fe, él que había obrado tantas maravillas en nombre de Dios. El pueblo de Israel, sediento, le pide agua, y Dios dice á Moisés: *Toma la vara de los prodigios, golpea esa peña y brotarán aguas, y beberá todo el pueblo con sus ganados*. Toma Moisés la vara, y al ir á golpear con ella la peña, se detiene, duda, vacila y se pregunta: *¿Por ventura podré sacar agua de esta peña?* Da un golpe en la peña y... no sale agua. ¿Cómo había de salir, si él mismo lo juzgaba imposible? Al momento dícele el Señor:

(1) I. Reg., XII, 24; I. Paral., XXVIII, 9; Psal. XCIX, 2.

(2) Sapient., III, 7.

(3) Psal. XXXIII, 9; Psal. CXXXIV, 3; Cant., I, 3.

Ya que no has creído, no entrarás en la tierra de promisión (1). Muchos cristianos golpean hoy la piedra, Cristo Señor nuestro (2), con la vara de los prodigios, que es la fe; muchos oran, trabajan, se fatigan con largas devociones, pero no sacan agua, esto es, no logran lo que piden, no progresan en la virtud, no adelantan un paso en la perfección de su estado, porque dudan, porque vacilan y preguntan como Moisés: «¿Por ventura me oirá Dios?, y ¿podré alcanzar lo que deseo?, y ¿ganaré esta indulgencia?...» Estos no alcanzan lo que piden, porque no obran creyendo.

También en el Nuevo Testamento leemos ejemplos tristísimos en esta materia. Pedro, tan amado y favorecido de Jesús, fué reprendido muchas veces por su Maestro, casi siempre porque no obraba creyendo. Un día andaba el Salvador sobre las aguas del mar, y llamó á Pedro; éste apresuróse á bajar de la barca en que se hallaba, y empezó á andar también sobre la superficie de las aguas; mas al ver que se hundía, lleno de pasmo comenzó á dar voces diciendo: *Señor, sálvame*; y cogiéndolo Jesús del brazo, le dijo: *Hombre de poca fe, ¿por qué has titubeado?* (3). En otra ocasión, no habiendo logrado los discípulos del Salvador arrojar al demonio del cuerpo de un joven, preguntaron á Jesús por qué no habían podido ellos echarlo, y respondiósles: *Porque tenéis poca fe* (4). Siempre reprendiendo la falta de fe. Cierto que todos estos hechos no podrían menos de contristar profundamente al divino Maestro, sobre todo porque estas infidelidades procedían de quien menos eran de esperar, es decir, de los discípulos más favorecidos de su amante Corazón. En cambio, cuando hallaba en algunos esta viva fe, como si no pudiese contener el gozo

(1) Núm., XX, 12; Psal. CV, 32.

(2) I. Corinth., X, 4; Psal. CXVII, 22; Matth., XXI, 42; Marc., XII, 10. Luc., XX, 17; Act., IV, 11.

(3) Matth., XIV, 31.

(4) Matth., XVII, 19.

que henchía su Corazón, levantando la voz para ser oído de la muchedumbre que siempre le seguía, exclamaba enternecido: *En verdad os digo, que no he hallado tanta fe en Israel* (1). Así aconteció con el Centurión, con Zaqueo, con la Cananea, con la Hemorroísa, con la Magdalena y con otros muchos que leemos en las Santas Escrituras. Advertid que ninguno de los que acabo de nombrar pertenecía á la escuela ni aun al pueblo escogido de Cristo, sino que eran gentiles y publicanos y gentes de mal vivir. Por eso decía Jesucristo que en los hijos de Israel no había hallado tanta fe como entre éstos. Y aun esto le pareció poco, pues quiso honrar la memoria de estos creyentes publicando sus nombres en el santo Evangelio, para ejemplo de los que nos llamamos cristianos, y también para confusión y vergüenza de esta generación corrompida, tan soberbia como estúpida é ignorante en esta materia.

¡Oh cuán duro de corazón es el hombre, y cuánto le cuesta creer en la palabra infalible de Dios! (2). Por ello, y á fin de convencer á sus discípulos de la eficacia de esta virtud, llegó á asegurarles con juramento lo que jamás hubieran podido imaginar. Díjoles: *En verdad, en verdad os aseguro que si alguno cree en mí con fe viva, hará también las obras que yo hago, y las hará todavía mayores* (3). ¡Las mismas obras que Jesucristo!... ¡Mayores obras que Jesucristo!... ¿Será posible?... Sí, hermanas mías, y así ha sucedido. Sabemos por las Sagradas Escrituras que Jesucristo resucitó sólo tres muertos (4). «En cambio San Andrés resucitó cuarenta de una vez» (5). San Pedró curó muchos enfermos con sólo pasarlos por la sombra que hacía su persona (6); y no se lee

(1) Matth., VIII, 10.
 (2) Act., VII, 51; Luc., XXIV, 25;
 Rom., X, 10.
 (3) Joann., XIV, 12.
 (4) Marc., V, 41; S. August.,

Serm. 44, de verbis Domini; Luc., VII, 14; Joann., XI, 43.
 (5) B.^o Juan de Avila, Audi, filia, cap. 32.
 (6) Act., V, 15.

esto de Jesucristo. De San Gregorio Taumaturgo sabemos que, hecha oración á Dios, logró que un monte se retirase hasta dejar holgado espacio para edificar un templo (1). «Y la conversión del mundo pagano, verificada por doce pescadores de Galilea, ¿no es obra más estupenda, dice San Agustín, que crear los cielos y la tierra?» (2).

Ya lo veis: se ha cumplido la promesa que hizo Jesucristo á sus Apóstoles, y en ellos á todos los que en Él crean. Luego podemos asegurar que el que obra creyendo con viva fe es omnipotente, es dueño del mundo (3), dueño de la naturaleza con todos sus elementos. Cierto que Dios no exige de vosotras milagros estupendos que asombren á las gentes; no os pide que resucitéis muertos, sino que muráis al mundo y á sus vanidades (4); ni que arranquéis de cuajo una montaña, cosa inútil porque á nada conduce, sino que arranquéis de vuestro corazón la propia voluntad y toda propiedad espiritual, pues á ello os habéis obligado el día memorable de vuestra profesión. Sí, hermanas mías; Dios tiene perfecto derecho á esperar de la religiosa que, cumpliendo sus sagradas promesas, emplee esa misma fe en la práctica de los consejos evangélicos que voluntariamente ha abrazado, esto es, que se niegue á sí misma y le siga cargada con su cruz todos los días de su vida (5). Entrad ahora en cuentas con vuestro corazón, y á la luz esplendorosa de la fe, examinad brevemente si obráis en armonía con lo que exige esa misma fe, que constituye como el alma de la vida religiosa. Bien lo sabéis: *negarse á sí mismo*, es desenlazarse de la propia voluntad; *negarse á sí mismo*, es arrancar del corazón todos nuestros quereres, apegos y aficiones, nuestros pensamientos, afectos y deseos terrenos; es renunciar á nuestra honra,

(1) S. Maxim., Ep., Homil. LIX.
 (2) Tract. 72.
 (3) I. Joann., V, 4.

(4) Coloss., III, 3.
 (5) Luc., IX, 23; Matth., X, 38;
 Matth., XVI, 24; Marc., VIII, 34.

fama, salud y vida, y una vez vació el corazón de todos estos impedimentos del amor divino, invitar á Cristo á que entre y more en él para siempre; entonces podremos afirmar con verdad *que el reino de Dios está dentro de nosotros* (1). Mientras esto no suceda, reinará en nuestro corazón el «Yo», el amor propio, enemigo jurado del amor de Dios y raíz de todos los males y pecados.

Práctica. Y ¿es este nuestro proceder? ¿Procuramos negarnos á nosotros mismos, hasta el punto de sernos indiferente el vivir mucho ó poco, con salud ó enfermos, honrados y agasajados del mundo ó despreciados y aborrecidos? ¿Fomentamos en nuestro corazón algún afecto ó deseo que no vaya encaminado á mayor gloria de Dios y santificación de nuestras almas? ¿Tenemos apego á la ciudad ó casa en que vivimos, al santo hábito que vestimos, al oficio ó cargo que desempeñamos, al libro, medalla ó recuerdo que tenemos para nuestro uso, de suerte que llegaría á costarnos un verdadero sacrificio el dejar alguna de estas cosas?... Si así es, ¿dónde está nuestra fe?, ¿dónde está la renuncia de la propia voluntad que nos pide Jesucristo y que voluntariamente hemos puesto en sus divinas manos en la profesión religiosa? Esto no es obrar creyendo; esto es vivir como viven los mundanos, con el corazón pegado á la tierra y esclavo de los apetitos, y por ello sujeto á mil inquietudes y mudanzas (2) que han de robarle la libertad, la paz y el sosiego que necesita para servir á Dios y adelantar en la perfección.

La segunda condición que exige Jesucristo á la religiosa es, que *tome su cruz* (3), y añade: *Quien no se abraza con esta cruz todos los días, no puede ser mi discípulo* (4). La palabra «cruz» incluye la práctica de la humildad, de la pobreza y de

(1) Luc., XVII, 21.
(2) Jacob., IV, 1.

(3) Marc., VIII, 34.
(4) Luc., IX, 23.

la mortificación del cuerpo. Por tanto, obrar creyendo, tratándose de la humildad, es confesar que de nosotros no tenemos nada bueno; lo único que nos pertenece es el pecado (1), que Dios aborrece infinita y necesariamente (2). Quien esto cree con viva fe, está muy lejos de envanecerse por alguna buena cualidad que posea, porque sabe que no es suya, pues la ha recibido de Dios (3) para negociar con ella la salvación de su alma (4). La religiosa que vive penetrada de estas verdades, está firmemente persuadida de que nada es, nada vale, para nada bueno aprovecha, y tiene por grande honra el servir y ayudar á las demás, y se esmera en desempeñar muy cumplidamente los cargos ú ocupaciones que la obediencia la confía. Convencida de estas verdades, jamás se deja dominar por la impaciencia, hija del orgullo, ni falta nunca á la caridad con sus prójimos, porque los cree superiores á ella, por lo menos en virtudes y merecimientos delante de Dios. La religiosa que obra creyendo de este suerte es profundamente humilde.

Cuanto á la pobreza, como la religiosa nada tiene, porque todo lo ha renunciado y puesto en manos de Dios (5), porque la fe la dice que *quien renuncia todo lo que posee, tendrá un tesoro en el cielo* (6), fiada en esta promesa de Jesucristo, vive tranquila y olvidada de todo lo que atañe al bienestar y regalo de su persona; y así acepta lo que la dan agradeciéndolo y alabando á Dios, como lo hace el pobre cuando recibe una limosna, y aun se alegra cuando la falta lo necesario, porque entonces se la ofrece ocasión de imitar en esta virtud á su divino Esposo. Esto es obrar creyendo.

Últimamente, si se trata de la mortificación del cuerpo,

(1) Psal. L, 4-5; Psal. L, 7.
(2) Psal. XLIV, 8; Sapient., XIV, 9; Hebræ., I, 9.
(3) I. Corinth., IV, 7; Jacob., I, 17.

(4) Luc., XIX, 13.
(5) Psal. XXX, 16.
(6) Marc., X, 21; Luc., XVIII, 22.

la fe dice por el Apóstol que *los que son de Jesucristo*, los que cursan en su escuela, *tienen crucificada su carne con los vicios y pasiones* (1), y por tanto, la religiosa de buen espíritu no condesciende con las tendencias depravadas de la concupiscencia, y para salir siempre airoso en la lucha de la carne contra el espíritu (2), practica los medios señalados en las santas Reglas, sobre todo la mortificación de los sentidos, *por donde entra la muerte del alma* (3). Y si en algún caso se ve sorprendida por grave tentación en esta materia, en alas de la fe, como el Profeta (4), levanta el vuelo su alma para refugiarse, como paloma perseguida, en los agujeros de la piedra (5), esto es, en las llagas sacratísimas de Cristo, que la espera con ansias de enamorado y la recibe con ternura inefable en la llaga de su abrasado Corazón. Esto es obrar creyendo; esto es vivir con el cuerpo en la tierra y el espíritu y el corazón en el cielo. ¡Dichosa el alma que, comprendiendo las sólidas ventajas que facilita esta vida celestial y divina, procura con empeño, en medio de las necesidades y ocupaciones de la vida, levantar su corazón á Dios, cuya soberana voluntad es el blanco á que debemos enderezar siempre todos nuestros actos!...

Pidámoselo con humildad y perseverancia en la oración; y mientras tanto, procuremos disponernos para recibir aumentos de este don del cielo (6), arrancando de nuestro corazón todo amor propio, todo apego á criaturas ó cosas de la tierra, todo lo que no tienda á Dios ó sea indigno de su divina Majestad, porque, como dice el Apóstol, *pasa la figura de este mundo* (7). En él vivimos como peregrinos que se diri-

(1) Galat., V, 24.
 (2) Rom., VII, 25; II. Corinth., XII, 7; Galat., V, 17.
 (3) Jerem., IX, 21.

(4) Psal. LIV, 7.
 (5) Cant., II, 14; I. Corinth., X, 4.
 (6) Jacob., I, 17.
 (7) I. Corinth., VII, 31.

gen á la Jerusalén celestial, nuestra verdadera patria (1); por tanto, allí debemos tener siempre puestos los ojos de la fe (2) y nuestro corazón, nuestros deseos y nuestras esperanzas, de suerte que nuestra vida sea como de *ciudadanos del cielo* (3), que desean verse libres de las ataduras de este cuerpo (4) para volar á la mansión de la paz y vivir y reinar con Cristo Jesús para siempre.

(1) I. Paral., XXIX, 15; Psal. XXXVIII, 13; Hebræ., XI, 13; Hebræ., XIII, 14; I. Petr., II, 2.

(2) Isai., XL, 26; Coloss., III, 1.
 (3) Philipp., III, 20.
 (4) Philipp., I, 23.

